

CAPÍTULO XXIII.

DE COMO LA VENTURA DEL POLLO, ES FLOR DE UN DIA.

EL lector, el benévolo lector, que hasta este capítulo habrá tenido la paciencia de seguir nuestro relato, ha visto á Concha desbarrancase; y acaso juzgue, por lo mal pergeñado de lo escrito hasta aquí, que el autor tiene mas parte que las circunstancias en ese desbarrancamiento.

Pero ¡lejos de nosotros tan dañada intencion! y para probar que solo copiamos, hacemos en seguida algunas anotaciones.

Téngase presente que toda contravencion del órden mo-

ral que rije á la sociedad y á la familia, es un camino errado, que solo conduce á la aberracion y á la desgracia.

Minar por su base la sagrada institucion del matrimonio es un atentado, cuyas consecuencias recaen, inexorablemente, sobre el delincuente.

La union legítima es el único pedestal en que descansa la felicidad de la familia; esta es una de las mas severas prescripciones de la moral universal, y toda infraccion es irremisiblemente funesta.

Escribimos en una época harto fecunda, por desgracia, en ejemplos de esta especie; época de abjuracion, de vacilacion y de duda, de cálculo y de errores.

No, Concha no podia ser feliz; porque la felicidad es un premio reservado al bien obrar: las víctimas del becerro de oro no tendrán jamas bastantes lágrimas para lavar su conciencia.

“Todas las que se ponen castaña se van” decia Casimira la bizca, y en el fondo la bizca decia una gran verdad.

La pasion del lujo está engrosando cada dia las filas de la crápula, y pasma el aplomo con que millares de jóvenes pobres aceptan en el mundo su papel de parias sociales, concurriendo gustosas al alistamiento de la infamia.

La muger, en México, ya no vacila en confesar paladinamente que la aguja es la hambre, y despues de esta funesta aseveracion ¡que horrible castigo es la hermosura!

La parte menesterosa de nuestra sociedad, está pidiendo á la moral pública un socorro en su desmoronamiento.

Tiempo es ya de decirles á esos barbados, musculosos y sanos, vendedores de encajes y de chucherías, de listones y de terciopelos, de baratijas y de cigarritos: “Salid de vuestros armazones á emplear vustras fuerzas, vuestra juventud y vuestra inteligencia en trabajos dignos del vigor varonil y de la mision del hombre; y dejad vuestros mostradores para que sirvan de parapeto á la virtud de la muger.”

.....

En Concha no habia perversidad, habia ignorancia.

Quando se encontró reunida con Andrea, con Lupe y con Lola, sintió en su alma el estremecimiento de su caída; se acordó de que sus amigas Clara y Ernestina ya no la habian vuelto á ver, porque se avergonzaban de ella; sus amigas, en lo de adelante, iban á ser de aquella clase.

Concha lloró: tenia vergüenza: ¿cómo retroceder? el general sabria aquello, ¿y despues?

—Esa es mi suerte, repetia Concha despidiéndose con todo el fervor de su alma de toda dicha legítima, de todo placer puro, de algo que ella adivinaba parecido á la estimacion, al respeto social; joyas soñadas y perdidas para siempre; ¡pobre Concha! ¡pobre Concha!

En medio de estas supremas amarguras, de estas íntimas decepciones, de estas insuficiencias morales se aparece por lo general, no el diablo, ni la tentacion, ni ninguno de esos genios familiares; se aparece festivo, risueño, grotesco y coronado de pámpanos, el mitológico, el mismo viejísimo dios Baco, como una especie de *hombre bueno*,

como un verdadero abogado de pobres; y todo esto bajo la sencillísima forma de un vaso de cognac, como se le apareció á Concha.

Pio Blanco se lo ofreció con la misma mano aquella de la pistola que mató á Arturo.

Concha comprendió la torva sugestion del de las viñas y bebió cognac, con esa tendencia suicida del que pretende huir de sí mismo.

De manera que al llegar á Ixtacalco Concha habia encontrado un antídoto contra su vergüenza.

Andrea, Lupe y Lola acariciaron á Concha con ternura, con mucha ternura.

Habia en el fondo de aquellas caricias algo de la resignacion de los huérfanos que se cobijan bajo la sombra de la misma desgracia.

Los pollos estaban á cien leguas de estas intimidades fisiológicas, y reían con esa frescura desconsoladora del pollo disipado, que no encuentra nada mas allá de sus narices.

Baco y los pollos celebraban tácitamente una transaccion, por medio de la cual estos se exhibian tales como eran en cambio de un poco de aturdimiento.

A este dios lo hemos contemplado algunas veces, con una copa en una mano y en la otra un libro en blanco.

Dándole las gracias y rehusando la copa, llenaremos algunas páginas de su libro.

Concha se enfermó.

Mas adelante sabrá el lector que Concha le debió en esto á Baco un favor de padre.

Como se enfermó Concha, buscó una enfermería y entró en un jacal inmediato.

A la puerta de la tienda mas inmediata al canal habia dos caballos lujosamente ensillados.

Al verlos venia á la mente esta disyuntiva:

Estos caballos son de un rico ó de un ladron.

En nada se les van los bártulos á los adoradores del becerro de oro, como en esto del arnes nacional.

Conocemos tendero, sin segunda camisa, que se monta sobre su capital en su caballo.

Abundan cajoneritos de esos que se están parados toda la semana, que el domingo andan sobre su patrimonio.

Estos sugetos son los mites de la riqueza, porque su lujo no es el resultado de una posicion ventajosísima, sino el de una porcion de economías dolorosas, por medio de las cuales se hacen acreedores á que mientras mas ricos parezcan, merezcan mas esta aplicacion:

¡Pobres!

He aquí de que manera arrancan la exclamacion ¡pobres! los que finjen ser ricos.

Volvamos á los caballos.

Desde luego no eran de tendero, porque estos no exponen fácilmente su lujo sino en el paseo.

—Serán ladrones, pensó Lupe.

—Serán hacendados, dijo Lola.

La muger es la primera que prevé un peligro.

Andrea se levantó del asiento que ocupaba en el cenador.

Algo la preocupaba.

Se puso en acecho, á poco palideció y buscó en torno suyo una salida opuesta, como para huir.

—¿Qué buscas? le preguntó Pio Prieto.

Andrea no contestó.

Dos enérgicas interjecciones habian resonado en el interior de la tienda: luego allí estaban los ginetes, luego los ginetes eran ladrones.

Así discurrieron á duo Lola y Lupe, mientras que la mente de Andrea la ocupó toda este monosílabo:

¡Eh!

Como evocado apareció en la puerta de la tienda uno de los ginetes.

Andrea arrojó un grito.

Al grito salió el otro ginete. ¡Era don Jacobo Bacal! Los pollos tenían que habérselas con dos gavilanes.

Los dos ginetes se dirigieron á pié al cenador.

Andrea y Pedrito quisieron huir.

No tuvieron tiempo.

—¡Bien hayan las mugeres! gritó uno de los ginetes fijando en Andrea sus ojos encendidos por el licor y por la cólera; ya me rezarías, ¡ingratal pero ya me ves, he resucitado. ¡Por vida de.....

Y avanzando los dos pasos que le faltaban para llegar á

Andrea, la asió de la muñeca y la separó bruscamente del grupo de los pollos.

—¡Bien hayan los hijos! gritó á su vez don Jacobo, tomando de la mano á Pedrito, echándose hácia atrás su gran sombrero bordado, y sacando á su hijo del lado de los otros dos pollos.

—Este no es mi padre, pensó Pedrito.

—Dispense V., amigo, dijo Pio Prieto.

—Yo no soy amigo de nadie, dijo el bandido llevándose á Andrea.

Pio Blanco estaba álla sazón con Concha en el jacal, de donde juzgó ser prudente no salir.

—Oiga V., insistió Pio Prieto.

—Le voy á aconsejar, niño, dijo con voz sorda el bandido, que no me cante ni me baile, porque le va á sobrar verso y á faltar tonada. Yo soy Zeferino Dávila y ando con los hombres.

Y dejó caer una mano, como de calicanto, en el hombro de Pio Prieto, que tambaleó.

—Si tiene que sentir de mí..... amo..... tengo plomo conque quererlo, continuó Zeferino, buscando su revólver.

Pio Prieto dió un brinco hácia atrás y sacó su pistola de debajo del saco.

Pepe hizo lo mismo.

Hace diez años, esto hubiera parecido inverosímil, pero en la época que atravesamos, todos los pollos son de pelea.

Los Estados-Unidos se han encargado de hacer del revólver un adminículo indispensable; y Colt es émulo de Lozada, pues ya no se concibe al pollo sin reloj y sin pistola, especialmente cuando el pollo anda calavereando.

A esta costumbre tan generalizada debió su muerte Arturo.

Recordará el lector que el desafío fué á revólver.

Zeferino Dávila no había sacado aun su pistola, y don Jacobo ya se había alejado con Pedrito.

—No se asusten, niños, dijo Zeferino, cambiando completamente de tono. Ya está, patroncitos..... con la vénia.

Y dió media vuelta.

Pio Prieto y Pepe se quedaron en el cenador con Lola y Lupe. Estaban perplejos, pero no por esto dejaron de comprender que lo mas acertado que podian hacer era conformarse con la voluntad de Zeferino y don Jacobo, porque, al fin, tenian derecho, eh uno sobre Andrea, y el otro sobre Pedrito.

Poco despues, Andrea en la silla del caballo de Zeferino y Pedrito á la grupa del de don Jacobo, desaparecieron del pueblo.

Concha no estaba tan enferma que no hubiera podido enterarse de lo que pasaba fuera de su enfermería, y al oir distintamente la voz su de padre, quiso levantarse para ir en su busca, pero Pio Blanco la detuvo.

Las circunstancias en que don Jacobo venia á encontrar á sus hijos no podian ser peores.

Concha se conformó con echarse á llorar.

En cuanto á Pedrito, pertenecia desde aquel momento á la guerrilla de don Jacobo.

Don Jacobo Baca se había trasformado completamente, el guerrillero había sustituido ya al pusilánime, al acogido don Jacobo: no se conocia á sí mismo.

Había salido del círculo social por la puerta de la inutilidad y la ignorancia, instigado por la miseria, y se encontró de la noche á la mañana en el teatro del crimen.

Don Jacobo comenzó á ser criminal por miedo, despues lo fué por necesidad y al último por hábito.

CAPITULO ÚLTIMO

EN EL CUAL SABRÁ EL LECTOR EL PARADERO DE SUS
CONOCIDOS, SIN HACERSE ILUSIONES PARA EL PORVENIR.

EA ensalada, según Brillat Savarin, debe tener las condiciones que deseáramos tuviera la nuestra; los italianos recomiendan la *ensalata ben salata*; por esto nos cabe duda acerca de la presente, porque la sal es uno de los artículos que al escritor suele escaseársele, mal que le pese.

Ojalá que muchos de nuestros benévolo lectores encuentren que esta ensalada tiene suficiente sal!

En cuanto á la pimienta, no tenemos la misma duda; porque la pimienta abunda en las costumbres actuales, y el

pollo tiene por naturaleza si no mueha sal, al menos la pimienta suficiente.

Pero en lo que están contestes, en materia de ensaladas, autoridades competentes, es en que la ensalada debe revolverse á satisfaccion; casi tanto como las elecciones ó como Paris.

Al llegar el autor al cumplimiento de esta prescripcion, revolió en efecto la ensalada, pero como esta operacion es larga y puede cansar á los lectores, y ademas, en esta revolucion las cosas se irian poniendo de mal en peor hasta el grado de presentar fases horripilantes, hemos preferido dejar el platillo en paz y ofrecerlo al lector, no sin dejarlo satisfecho en cuanto á la suerte de los personajes por quienes haya podido interesarse.

Por otra parte, la índole del género de literatura que ensayamos nos obliga á no ser difusos, á escribir libros pequeños, segun lo hemos ofrecido; y desde luego falta á nuestra pobre pluma el espacio necesario para retocar y acabar sus originales.

Pero cuando á la vez estamos ciertos que el lector, con todo y ser tan amable, no nos perdonaria la extravagante humorada de dejarlo en la mitad del camino, nos comprometemos desde luego á no privarlo, en lo de adelante, de sus buenos conocidos.

Seguiremos tras de Concha, paso á paso, hasta su calvario, seguiremos á los Pios; que no porque con el tiempo dejen de ser pollos, dejarán de ministrarnos materia, sabrosa de leer, en algunos capítulos, y llegaremos en fin por

nuestra perseverancia y la de los lectores á un término de cosas en el que; tal vez algunas y muy provechosas máximas se deduzcan.

Por lo pronto volvamos al general.

El general se habia ocupado, hacia algunos dias, de la aritmética, con mas teson de lo que ordinariamente conviene á un general.

El general discurría así:

—Concha es muy hermosa; pero mi lote de convento ha desaparecido. Una adjudicacion ha absorbido á la otra. Item mas, casi toda mi liquidacion. Luego debo dejar á Concha y meterme á la bola. Es necesario habilitarse de nuevo; yo le escribiré esta noche á mi compadre y al gobernador de..... Resueltamente me equipo y me lanzo á la revolucion, la tesorería flaquea; ¡já la bola! Concha me ha derramado la bilis; ¡já la bola! La revolucion ha tomado cuerpo; ¡já la bola! Corro riesgo de quedarme de coronel; ¡já la bola! Y lo que es en esta vez no he de ser zurdo; ¡já la bola!

Con esto y con que Casimira, oficiosamente, le contara al general los trapicheos de Lola con Pio Blanco y lo de Ixtacalco, el general puso su renuncia, que la misma Casimira se encargó, gustosa por supuesto, de presentar á Concha.

Despues de lo cual, el general, ya libre como don Jacobo y como Pedrito y como otros muchos, se lanzó á la revolucion.

En cuanto á Concha, mediante esa estúpida operacion

(reservada al ser que piensa) por medio de la cual el alma queda á medio vivir, la inteligencia á medio discursar ó á discursar al revés, la razon á medio perderse y el juicio perdido completamente; por medio de esta operacion, decimos, Concha se entregó á un paréntesis que representaba otro descenso.

Concha se encontró sin Pedrito y sin el general, y frente á frente de Pio Blanco, ó por mejor decir, en su poder.

Pio Blanco hubiera gritado ¡aleluya! si el latin ó la misa le hubieran dejado siquiera ese recuerdo; pero su felicidad tuvo una expresion menos clásica y mucho mas en analogía con sus costumbres.

Tan luego como tuvo conocimiento de la vacante, se dirigió á la vinatería de Huergo y se proveyó de ostiones y otras conservas alimenticias, compró Chartreux verde, licor de los Benedictinos, Aya Pana, Vermouth de Turino, agregó un jamon de Wetsfalia y un gran trozo de queso fermentado de Gruyere.

En seguida tomó en la casa de Escabasse cien pesos de perfumes, entre los que predominaban el Iland-iland, la violeta de los Alpes, y otros no menos esquisitos.

Todo esto era la suprema felicidad. Pollo alguno se vió jamas tocando esa dicha de sultan. Casi no tuvo tiempo de avisar y Pio Blanco se eclipsó.

Pio Prieto siguió siendo la orquídea de Pio Blanco, como lo habia sido de Arturo; se encargaba de la jubilacion y la cesantía de las prendas de ropa de Pio, y de contraer deudas á su sombra.

Dejemos que estos pollos se pongan roncós, con la precocidad usual de estos tiempos, y el lector los encontrará mas tarde, en su segundo y no menos edificante periodo.

Doña Lola y don José seguian bien, en su inalterable amistad, esperando la vuelta de don Jacobo y de Pedrito, con la misma tranquilidad con que nosotros esperamos muchas cosas que no han de llegar.

Casimira llegó á conseguir su objeto, pues nadie conocia en México á Concha por otro nombre que con el de *Concha la sacristana*.

Este triunfo fué el mas preciado galardón para la bizca.

Rafael y Pepe, arruinados y huérfanos, concibieron un odio á muerte á los restos de la guerrilla de Capistran, especialmente Rafael, que juró, por su amor, la muerte de todos los que tomaron parte en su desgracia.

A Sara y á Ernestina las veremos mas tarde desempeñando el interesante papel de mamás, que no habrá mas que pedir.

¿En dónde están los séres virtuosos, las almas puras, los jóvenes sin tacha, los modelos, en fin, que se deben imitar? ¿Será posible que ya no exista nada de eso? ¿Esta es la sociedad? ¿Así son todos? ¿Adónde vamos á parar? ¿En qué época vivimos? ¿Y el amor, y la fé, y las virtudes todas adónde se han refugiado? ¿Qué realismo es este tan espantoso?—¡Protesto!—¡Yo tambien!—¡Faciendo se equivocalo lo vé todo negro! Exigencia! imaginacion! mentira!.....

Consolaos, si podeis; estais en vuestro perfecto derecho: por nuestra parte creemos no haber pecado contra la exactitud histórica, sino en el sentido de haber guardado silencio acerca de mas cosas que sabemos todos.

Nuestros personajes están á la vista del lector; ahí, por esas calles de Dios, en todas partes; fijaos bien y los reconocereis.—¡Sobre que no hemos hecho mas que copiarlos! y no así como quiera, sino por su turno riguroso, sin elegir, sin preferir á nadie.—¿Que en dónde están las almas puras? los séres virtuosos?—Qué quereis! los demas se interponen y nos los ocultan, procuraremos hallarlos, atizarémos nuestra linterna y buscaremos con afan incansable; y en prenda de nuestro buen deseo os empeñamos nuestra palabra, lector amigo, de indemnizaros con usura de vuestro desencanto, tan luego como en este dédalo de pollos encontremos un tipo, ya no del bello ideal, sino si quiera presentable.

A este fin, Facundo levantará el foco de su linterna desde la casa de doña Lola, desde la hojalatería de don Pioquinto Prieto, hasta esos palacios dorados que encierran altas y poderosísimas damas y encopetados negociantes. Tal vez allí tendremos un modelo, un tipo digno, noble, grande y capaz de exaltar nuestro entusiasmo.

Perdonadnos, entretanto, si esta ensalada no sigue revolviéndose, y la damos tan pronto por suficientemente condimentada; pero si en este pequeño libro habeis podido hallar, mezclado al sabor de nuestra charla, algo que haya hablado á vuestra alma; si al leer habeis pensado

en vuestros hijos; si os habeis detenido un momento á contemplar la situacion moral del mundo, os afirmamos que esta suspension contemplativa no será estéril en resultados, y acaso veais mas claro el porvenir á la débil luz de la LINTERNA MÁGICA.

FIN DE LA ENSALADA DE POLLOS.